

MARCO TEÓRICO

La música ha servido para comunicar y expresar emociones y sentimientos, así como en las distintas manifestaciones artísticas y en la arquitectura.

A través de la música podemos conocer cómo han evolucionado las distintas culturas en varias épocas. La música traspasa fronteras e idiomas.

La música es una actividad consciente y deliberada, ejercida con el concurso de elementos sonoros y dirigida a la expresión y goce anímico. La música implica la existencia de sonidos y su producción y percepción consciente y con voluntad de atribuirle un significado estético.

“La música es el idioma universal”.

Manuel M. Ponce

Se desarrolla a través del tiempo, y no en espacio como la pintura o arquitectura. Eso tiene relevantes implicaciones como la necesidad de los procedimientos de simetría o repetición, la utilización de referencias-eje, ya que el resultado del conjunto se fía a la memoria auditiva del receptor del hecho musical, que sólo puede servirse de su oído y tratar de reconstruir los sonidos que ha oído en un tiempo anterior, en una especie de imposible simultaneidad que encuentre la coherencia del discurso musical.

Otro aspecto que caracteriza a la música es la necesidad de un intérprete, de un intermediario que transmita lo creado por el compositor.

En cada momento histórico, situación cultural, época, serían muy variables las relaciones entre los cuatro pilares de la música: el creador, lo creado, el intérprete y el oyente, y en la situación de esas relaciones se hallará la clave que nos permita comprender el fenómeno musical como parte del fenómeno vital completo de la sociedad.

Un instrumento musical se define como cualquier objeto susceptible de producir sonidos orientados hacia un fin musical.

Tal vez fue Pitágoras el primero que investigó y enunció las leyes del sonido y desarrolló la teoría musical según una ordenación matemática. Durante el siglo 5 a.C. encontró las relaciones existentes entre las longitudes de las cuerdas y las notas musicales producidas, e ideó la escala musical diatónica, utilizada con ligeras variantes hasta la edad media, y cuyo uso ha sido prolongado hasta Debussy en el siglo XIX, muy influido por las normas griegas de composición.

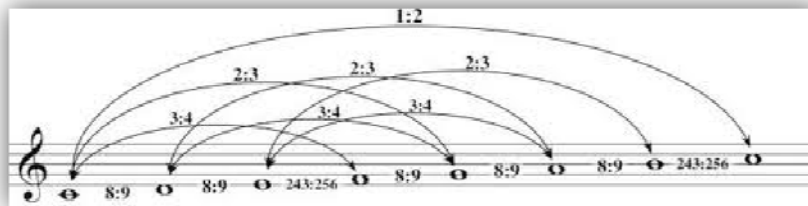


Fig. 1.1 Relación entre la longitud de las cuerdas y las notas musicales. Fuente Wikideep.it.

La mitología griega atribuía un origen divino a la música y citaba como sus primeros practicantes a dioses y semidioses. Para los griegos, la música poseía poderes mágicos, curaba enfermedades, purificaba el cuerpo y hacía milagros, además de que era parte inseparable de sus ceremonias, la música representa directamente las pasiones o estados del alma.



Fig. 1.2 Kithara, instrumento que representa al dios griego Apolo. Fuente: blogspot.com.



Fig. 1.3 Aulos, instrumento que representa al dios griego Dionisio. Fuente: blogspot.com

En “La Polítika”, de Aristóteles se enuncia que las letras, la gimnasia, el dibujo y la música debían ser objetos de estudio para los hombres libres. Se veía la música como una ocupación propia de los momentos de ocio y surgen dudas acerca de su utilidad. Ordinariamente se le ve como objeto de entretenimiento, pero en la antigüedad se hizo de ella una parte necesaria de la educación, persuadidos de que la naturaleza misma además de exigir un tiempo de actividad, también exige un empleo noble de los momentos de ocio.

Se cuestiona si la música es una ciencia, un juego o un simple pasatiempo, ya que presenta por igual estos tres caracteres. El juego no tiene otro objeto que la distracción; pero es preciso que sea agradable, porque es un remedio para las penalidades del trabajo.

También es preciso que el pasatiempo sea honesto y agradable, porque solo con estas dos condiciones puede existir el bienestar; y la música, según el parecer de todo el mundo, es un delicioso placer, aislado o acompañado por el canto, como dijo Museo (siglo 4 ó 5 antes de Aristóteles): El canto, verdadero hechizo de la vida.

La música es, pues, un verdadero goce; y como la virtud consiste en saber gozar, amar, aborrecer, como pide la razón, se sigue que nada es más digno de nuestro estudio y de nuestros cuidados que el hábito de juzgar sanamente las cosas y de poner nuestro placer en las sensaciones honestas y en las acciones virtuosas. Ahora bien, nada hay tan poderoso como el ritmo y el canto de la música, para imitar, aproximándose a la realidad de todos los sentimientos del alma, como igualmente todos los opuestos a éstos.

Los demás sentidos, como el tacto y el gusto, no reproducen lo suficiente las impresiones morales; el sentido de la vista lo hace suavemente y por grados, y las imágenes a que aplicamos este sentido concluyen poco a poco por obrar sobre los espectadores que las contemplan. La música, por el contrario, es evidentemente una imitación directa de las sensaciones morales. Cada vez que las armonías varían, las impresiones de los oyentes mudan junto con ellas.

Por lo tanto es imposible no reconocer el poder moral de la música; y puesto que este poder es muy verdadero, es absolutamente necesario hacer que la música forme parte de la educación de los jóvenes, para juzgar bien en este arte

es preciso practicarlos por sí mismo, es necesario aprender a ejecutar la música. Más tarde podrán abandonar este trabajo personal, pero entonces serán capaces de apreciar y de gozar como es debido de las obras de mérito.

La armonía y el ritmo parecen cosas inherentes a la naturaleza humana, y algunos sabios no han temido sostener que el alma no es más que una armonía, o, por lo menos, que es armoniosa.³

Tuvieron que pasar muchos siglos para que el monje benedictino Guido d'Arezzo (995-1050) designa las notas musicales con las sílabas ut, re, mi, fa, sol, la, sílabas que coinciden con las iniciales de los seis primeros versos del himno compuesto por Diácono en honor a San Juan Bautista.

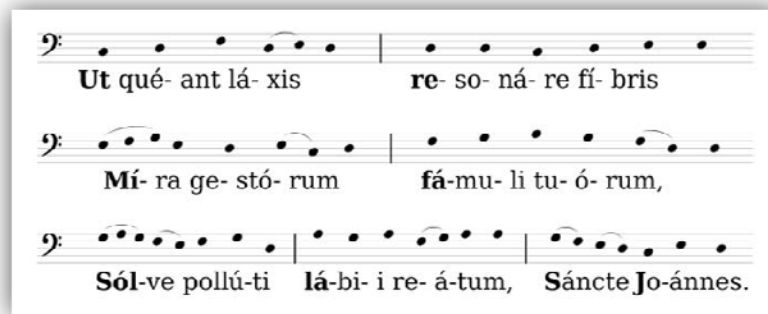


Fig. 1.4 Versos del himno a San Juan Bautista. Fuente: issu.edu.

La nota sí aparece en el siglo XVI, aunque inicialmente se llamó “bi”. En una obra que publica Giovanni Battista Doni en 1673 aparece la sílaba “do”, que sustituye a la “ut” y deja a la escala musical como la conocemos hoy, desde entonces se considera a la música como una ciencia más por las leyes matemáticas que guían su composición.⁴

La gente vive con la música al lado cada día, consciente o inconsciente de ello. En la mayoría de los casos sus gustos se forman por influencia directa de la radio y la televisión, ya que, por un lado, faltan otras opciones, y por otro, los recursos reales existentes han sido insuficientes. Por su parte, el público

³ Aristóteles. La Política

⁴ Compendio práctico de acústica aplicada. Pérez Miñana, José

consume el producto música que le ofrece el mercado, retroalimentando la oferta con la demanda, y satisfaciendo las necesidades creadas por el propio mercado o por el estilo tradicional de vida de la sociedad hermosillense.⁵

El gran público receptor de la música popular la consume en forma pasiva, irracional, convencional, a veces compulsiva o simplemente impulsiva, sin prestarle realmente atención necesaria para juzgarla, concediendo a los propios promotores el derecho de juicio sobre sus propios productos mercantiles y adoptándola cómodamente. El consumidor se conforma con la oferta y se limita en sus opciones. Si este proceso se realiza conscientemente, puede atribuirse a una decisión personal de cada uno, pero si es inconsciente es manipulación popular.

La música ejerce un enorme poder formativo sobre el ser humano, no sólo en la esfera volitiva, emocional, cognoscitiva, sino además en la acción motora del cuerpo. A través de ella, se trabajan capacidades relacionadas con la memoria, la concentración, la psicomotricidad, la percepción, la coordinación, el trabajo en equipo y la sensibilidad, ayudando en los procesos de aprendizaje.

Si estuviéramos realmente conscientes de la importancia de la práctica musical para alcanzar el equilibrio emocional, para hacer de ella un canal fluido de intercomunicación, desarrollar destrezas corporales que nos ayudan en la realización de muchas otras operaciones, en fin, si nos libráramos del prejuicio de creer que la educación musical es para formar músicos que habrán de ser individuos bohemios, sólo aptos para el entretenimiento, podremos concebir la importancia de atender con mayor seriedad la educación musical desde la infancia. Por ahora, la “educación musical escolar” no es sino un eufemismo que, con su ineficacia, sólo contribuye a hacerle el juego a la explotación comercial musical de mala calidad que consumimos.

La música está presente en todos los rincones de nuestra vida cotidiana: nos acompaña en la comida, en el trabajo, en el descanso, en la diversión, en el culto religioso, en las actividades sociales, en la escuela, en la calle y a veces en el

⁵ Bemoles de una ciudad sonora. Varela, Leticia

sueño. De tal modo nos condiciona, nos influye, nos estructura, nos ofrece puntos de relación y constituye un canal de intercomunicación de pensamientos, sentimientos, deseos, principios éticos y antiéticos, estéticos y antiestéticos, La música es el reflejo de nuestra cultura.

“No debemos llamar la música con otro nombre que el de la hermana de la pintura, ya que está subordinada al oído, sentido que viene después de la visión. Ella compone la armonía, mediante la conjunción de sus partes proporcionales en un mismo tiempo, está obligada a nacer en uno o varios espacios armónicos; esos espacios circundan la proporcionalidad de los miembros que la componen, a la manera como lo hace el contorno de los miembros que constituyen la belleza humana”.

Leonardo Da Vinci